

LORCA Y NUEVA YORK

Las primeras declaraciones de Lorca a su regreso de Estados Unidos

IAN Gibson nos ha facilitado, con generosidad insólita entre investigadores españoles, el documento que reproducimos a continuación.

Esta entrevista constituye un testimonio de capital importancia para hacer un balance de la pasmosa actividad creadora de Federico García Lorca durante su estancia en América, desde finales de junio de 1929 hasta mediados del mismo mes, un año más tarde.

El primer testimonio con que contábamos hasta ahora de la obra neoyorquina de García Lorca era de enero de 1931. Es una entrevista publicada en La Gaceta Literaria y dada a conocer por Marie Laffranque. Las declaraciones de Lorca que publicamos aquí enriquecen sustancialmente la aportación de la conocida lorquista francesa.

El autor de esta entrevista, Miguel Pérez Ferrero, crítico literario de plantilla de Heraldo de Madrid, había anunciado la llegada

Lorca, en el tiempo en que dirigía el grupo de teatro universitario La Barraca.

a Madrid de García Lorca el 2 de octubre de 1930. Una semana más tarde publica en la sección "Literatura" del mismo diario estas primeras declaraciones del poeta granadino, recién regresado de los Estados Unidos.

No queremos abusar de la paciencia de los lectores de TRIUNFO, recargando el texto de la entrevista con puntualizaciones eruditas. Permítasenos, sin embargo, subrayar la preocupación de Lorca por proteger su futuro libro Poeta en Nueva York de la agresión del amenazador pintoresquismo: "Lo pintoresco está suprimido... Ni trenes, ni rascacielos, ni aeroplanos, ni agotadora circulación de venas urbanas". García Lorca se había ido a Estados Unidos, entre otras razones, para escapar a la asfixia del chabacano folklorismo que se cebaba en su obra sin que sus repetidas protestas sirvieran de nada. Ya dos años antes de la publicación de Romancero gitano, asustado ante la avalancha de panderetas que se le venía encima, advertía con mal disimulada indignación al público que acudía a sus recitales: "Romancero gitano es un libro antipintoresco, antifolklorico, antiflamenco".

Pero el tópico tiene la piel dura y la crítica lorquiana no se mostraría tampoco, en la interpretación de la poesía neoyorquina, menos propensa a la aplicación de fáciles etiquetas. Asombra leer ahora los lúcidos recelos de Lorca ante el peligro que le acecha: la tan tajante como absurda escisión de su obra poética en dos partes inconciliables, luminosa una (la obra no neoyorquina) y oscura la otra, el "paréntesis de sombra" de Nueva York. Contra todo intento de establecer una solución de continuidad entre Romancero gitano y Poeta en Nueva York, García Lorca se apresura a proclamar: "Toda mi labor de ahora la aprecio como una resultante directa de mi romancero". ■ EUTIMIO MARTIN.

VOCES DE DESEMBARQUE

Veinte minutos de paseo con Federico García Lorca

AL GRAN POETA DE LA MODERNA ESTETICA SE LE ANTOJA QUE NUEVA YORK SE PARECE MUCHO A MADRID

Tres libros, un drama...; especulaciones críticas y evocaciones musicales

Ya, la ida y la vuelta. Encuentro

Yo lo esperaba aquí de un momento a otro, de uno a otro día, sin anuncio y sin confirmación. Sin esa confirmación, una vez al viento el rumor, que me hizo de pronto Pedro Salinas ante los redondos escaparates que pone a su profesoral mirada Jorge Guillén...

—Sí, señor; Federico García Lorca esta aquí, de vuelta de su gran viaje. Cuando menos se lo figure usted le salta un saludo desde cualquier terraza.

Pero no fue así, no ha sido así. Aunque yo he venido pasando con cuidado de verle

las hileras de sillas y de veladores. No ha sido así... El otro día en el estreno de la obra de un joven autor me saltó su abrazo. ¡Ahor!

—¡Federico!

—Claro, ni andas, escondido en el periódico...

—Escondido, no. A la vista.

—Bueno, ya era razón...

—No "era", será. Será razón de que hablemos y paseemos.

Y el poeta del "Romancero gitano" me dijo:

—Cuando tú quieras.

Pero antes, un poco de historia

Sí, sí, antes un poco de historia, no sobre el poeta que



hace años, ya casi bastantes años, fue estimado, intelectualmente en los más finos medios literarios por su libro inicial de poemas, ni sobre su alta jerarquía —siempre literaria— lograda después con las "Canciones", editadas por Litoral, y con su "Mariana Pineda", que sumó un nuevo triunfo a Margarita Xirgu, y con su "Romancero gitano", que ensanchó los horizontes de la nueva poesía y removió fogosamente la opinión dormida de público y comentaristas.

No. Ha pasado el momento de hacer historia sobre García Lorca. Basta decir su nombre y sus apellidos. Basta con eso.

Pero en cuanto a su viaje es otra cosa. Estaba aquí en Madrid, en la verbena de San Antonio.

Y de la verbena se fue al tren.

—Estaba tan cerca. Tenía yo tan en el oído —dice el poeta— la llamada de Fernando de los Ríos. Yo pensaba hacer un viaje durante el verano. El me dijo: "Véngase a Estados Unidos. Yanquilandia espera". Y me fui. Puse el pie en el "Olimpio", cincuenta y nueve mil toneladas, creo. Una panza enorme, pero elegante la línea, en el mar. Y así me fui, sin proyecto ninguno. Después concebí el de seguir un curso de inglés. En el barco me acordaba de Falla, de mis horas interminables en su maravillosa compañía, y veía la sombra suya proyectada en gran plano sobre el croquis de los Estados Unidos.

Nueva York de Lorca y la ciudad de Morand

—He vivido en John Jay Hall. En un piso dieciséis. Alojado con los jugadores del famoso "team" de rugby universitario. Y desde allí he sentido Nueva York. De ese recinto iba cada día a las calles y me compenetraba con el espíritu de la ciudad. Luego, con Federico de Onís, profesor de español —gran profesor— en Colombia, iba a tomar café a esas tiendas que son farmacias donde venden café, peines, jabón, palillos de dientes y, a veces, hasta zapatos. Prolongábamos en tales lugares la visita y discutíamos "moviendo jaleo", un jaleo que miraban con simpa-



Página de Literatura del "Heraldo de Madrid", donde apareció el artículo de Miguel Pérez Ferrero. En la foto aparece éste en compañía de Lorca.

tía a nuestro alrededor. "Un jaleo español", dijo alguien en alguna ocasión.

—Pero la visión íntima de Nueva York, ¿cuál es? ¿Coincide con la morandiana?

—No coincide. Así, absolutamente. Para mí, Nueva York se parece extraordinariamente a Madrid. Hay gran cantidad de judíos y todos se darían por españoles. Es paradójico el ambiente. Aunque quieran decir lo contrario.

—¿En cuanto a Morand?

—El, como viajero francés que es, no se entera de las cosas características. Por ejemplo: Cuba la ha visto al revés; dice que no entiende aquello con que no se compenetraba precisamente lo que tiene fibra, emoción y realidad. Es decir, lo propio, lo característico, lo particular. Sólo lo rebosante de universalismo al uso es lo que cazan sus ojos.

Además, respecto a Nueva York, él casi siempre se burla. Morand, en suma, es el invitado a tomar el té en un mirador confortable, y yo soy —quiero serlo al menos— el hombre que mira la gran mecánica del "elevado" y le caen las chispas de carbón encendido en las pupilas.

"Yo veo así la diferencia.

—¿Y Duhamel?

—Un hombre inteligente y fino, pero viejo; que va muy tarde a la ciudad de los rascacielos.

—¿Es eso, Federico?

—Sí; eso es.

Tres libros

—Y dime, ¿de libros en proyecto o en la realidad?

—Tres libros, tres: el de "Odas", empezado aquí y ahora terminado. Y dos de allá.

—Uno.

—"Tierra y luna", trabajo en el campo, en Nueva Inglaterra.

—Otro.

—Una interpretación poética de Nueva York.

—¿Su título?

—"Nueva York". No puede haber otro. Ni quiero que lo haya. Mi libro como el de todos.

—Pero con radical diferenciación, ¿no?

—Sí. Es un poema. Y en él la visión es abstracta. Lo pintoresco está suprimido... Ni trenes, ni rascacielos, ni aeroplanos, ni agotadora circulación de venas urbanas. ¡Nada de eso! Apenas si cito el nombre y los lugares de la ciudad.

—En cambio...

—... hay terror y punzante alegría y otras veces crueldad, pero no ironía, ni burla.

—¿Y es un libro enterizo; sin ninguna divisoria?

—En él dedico la mitad a los negros. Aunque toda mi labor de ahora la aprecio como una resultante directa de mi romancero. Esta parte del libro mucho más: los negros.

—Es inevitable la frase de Keyserling.

—Sí, claro, "que son los que tienen alma".

—Está bien que la frase del gran bebedor cierre este tiempo de charla.

Cuba

Federico García Lorca va siguiendo con la memoria su viaje. A Cuba fue invitado a profesar conferencias. El Instituto de las Españas en la Universidad de Columbia celebraba una recepción en su honor. Allí se encontraba el presidente de la Hispano Cubana de Cultura, que le propuso la marcha.

—¿En La Habana, entonces?

—Di ocho conferencias. Sobre poesía, sobre crítica literaria y sobre música. En este último punto desarrollé mis temas favoritos: "Cante jondo" y "Canciones populares". María Tubau interpretaba las letras y yo la acompañaba al piano.

—Un gran éxito todo, ¿verdad?

Federico se calla.

Para sacarle de su mutismo:

—Dime. ¿Las gentes?

—Admirables las gentes de letras, de las cuales tú conoces a algunas por carta; Ma-

ñach, el gran Jorge Mañach, amigo de los escritores de España en su "1930", la revista de avance, se parece mucho a Marichalar, sí; ¡hasta en lo físico se parece! En cuanto al grupo que rodea la publicación y que la anima, me da la sensación de ser uno de los más serios, austeros y firmes de América. Además... —dice en tono zumbón.

Vuelve a callarse Federico.

—¿Qué?
—Que soy, por primera y acaso única vez en mi vida, un descubridor. He descubierto un poeta. El dice que es vanguardista y ha fundado

El drama

—¿Y eso es todo?
—Todo.
—Busca. Acaso quede más.
—¿No puedo reservarme nada?
—Nada. Ni el título de ese drama que has escrito.
—Lo sabes; bueno. Pues se titula "El público". Y se compone de seis actos y un asesinato.
—¿Para quién no el asesinato, sino la obra?
—No sé si será muy representable en el orden material.



El poeta granadino con el pintor catalán Dalí, en Barcelona.

"el Pombo Sagüero", a imitación de la tertulia ramoniana de aquí.

—Y se llama...
—Carnicer Torres. Escribió acerca de mí un artículo en el que me llama "poeta ipotrocismo". A mí me dio un vahído cuando leí la calificación (1).

—Y de Cuba, concretamente, ¿qué impresiona más?

—A mí, su música. Después de terminada mi actuación de conferenciante, yo me quedé a estudiar la música.

—¿Y piensas volver?
—Ya lo creo; no he terminado. Volveré, y también a Nueva York.

Los principales personajes del drama son caballos.

—Maravilloso, Federico.

Ya todo: los veinte minutos

En veinte minutos de paseo se dice bastante con el habla y hasta se anda —si se va de prisa— bastante con los pies.

Luego se escribe poco o mucho —según— con la pluma, la máquina o los pies —también según— lo que se ha oído... Ya todo.

—Federico, gran poeta Federico, mi mejor abrazo. ■

MIGUEL PEREZ FERRERO.

(1) El artículo en cuestión se titulaba nada menos que "El epicentro psicógeno y la euforia en la rítmica lorquiana", y empieza así: "García Lorca, poeta ipotrocismo, el que ha dado un epónimo a la nueva rítmica literaria, nos ha visitado no ha muchas horas y desde el tríptico escenaril del tallano caserón 'principal' nos dio toda la euforia de su ritmo".

Lorca, tan aficionado a la prolección verbal, se disparó inmediatamente en elogios igualmente desmesurados de A. Carnicer Torres y su peregrina prosa. Al escritor cubano Emilio Roig de Leuchsenring le habló en Cuba, en abril de 1930, para la revista *Carteles*, de "lo más fenomenal que le ha ocurrido en su vida", su encuentro en Sagua la Grande con "el hombre más extraordinario, más genial de nuestros tiempos, y tal vez, también, de todos los tiempos". "He tenido la gloria —añade— de que ese verdadero superhombre escribiera un juicio sobre mí, sobre mi obra poética, sobre mis conferencias, que lo considero como mi verdadera y definitiva consagración, el elogio más alto que de mi personalidad literaria puede haberse hecho". ■ E. M.

LIBROS

No sólo testigo

Los enfoques sobre nuestra guerra civil han sido y seguirán siendo literariamente múltiples, pero apenas alguno goza de la riqueza, sinceridad, amargura y pasión por la dignidad humana que transmite cada página de Max Aub. Se publican ahora varios cuentos suyos de importancia clave en el conjunto de su obra, bajo el título de uno de ellos, "La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco" (1). Son narraciones escritas en México, que abarcan desde 1944 a 1960; hay entre ellas algún apólogo irónico, como "Historia de Jacobo", en la que un cuervo plasma lo que ve de la convivencia entre los hombres; pero destacan los apuntes sobre las últimas horas de la derrota republicana, los campos de concentración en el Sur de Francia, en el yermo argelino, la galería inconcebible de los internados, más o menos enloquecidos, tenaces, abólicos, brutales o tiernos. Es un libro sobre ellos, los que perdieron ante el fascismo y, por no agechar cotidianamente la cabeza, por no pisotear su propia dignidad, cruzaron en trágico revólto la frontera pirenaica para iniciar un confuso calvario de ve-

jaciones y callada lucha por sobrevivir.

Pero Aub en absoluto es lacrimógeno. Algo que le eleva como escritor por encima de tantos testigos bienintencionados de aquellos años de sangre y estupor es la explosiva mezcla de compasión e ironía que maneja. El relato que da título al volumen compendia bien la visión que sobre los compañeros exiliados en México tuvo Aub desde el principio. El, que fue uno más, que murió allí sin siquiera haberle dado tiempo a saber el fin de Carrero, nos muestra tertullas bravucanas, inútiles, ancladas en un pasado destruido por la victoria fascista; nos habla de la incapacidad de tantos republicanos para husmear la realidad del país que los acogía, de la esterilidad de sus odios, añoranzas y palabrería. Sin pasarse tampoco de rosca, sin quedarse fuera como el único listo aprovechando su condición de anónimo narrador, Max Aub practica algo que siempre figuró en su decálogo de escritor: ceñirse a lo que la realidad es, no hacerse ilusiones.

Y lo mejor del caso, para enseñanza de tantos denostadores del realismo, es que nada hay de garbancero en Aub. Su prosa es un prodigio de humor, de sentido de experimentación, sus descripciones saben combinar lo fulgurante con la extrema precisión al nombrar: angustia, al hojear este libro, o su "El laberinto mágico" (2), comprobar qué huérfanos de

(1) Seix Barral, Biblioteca Breve.

(2) Alfaguara.

Max Aub.

